

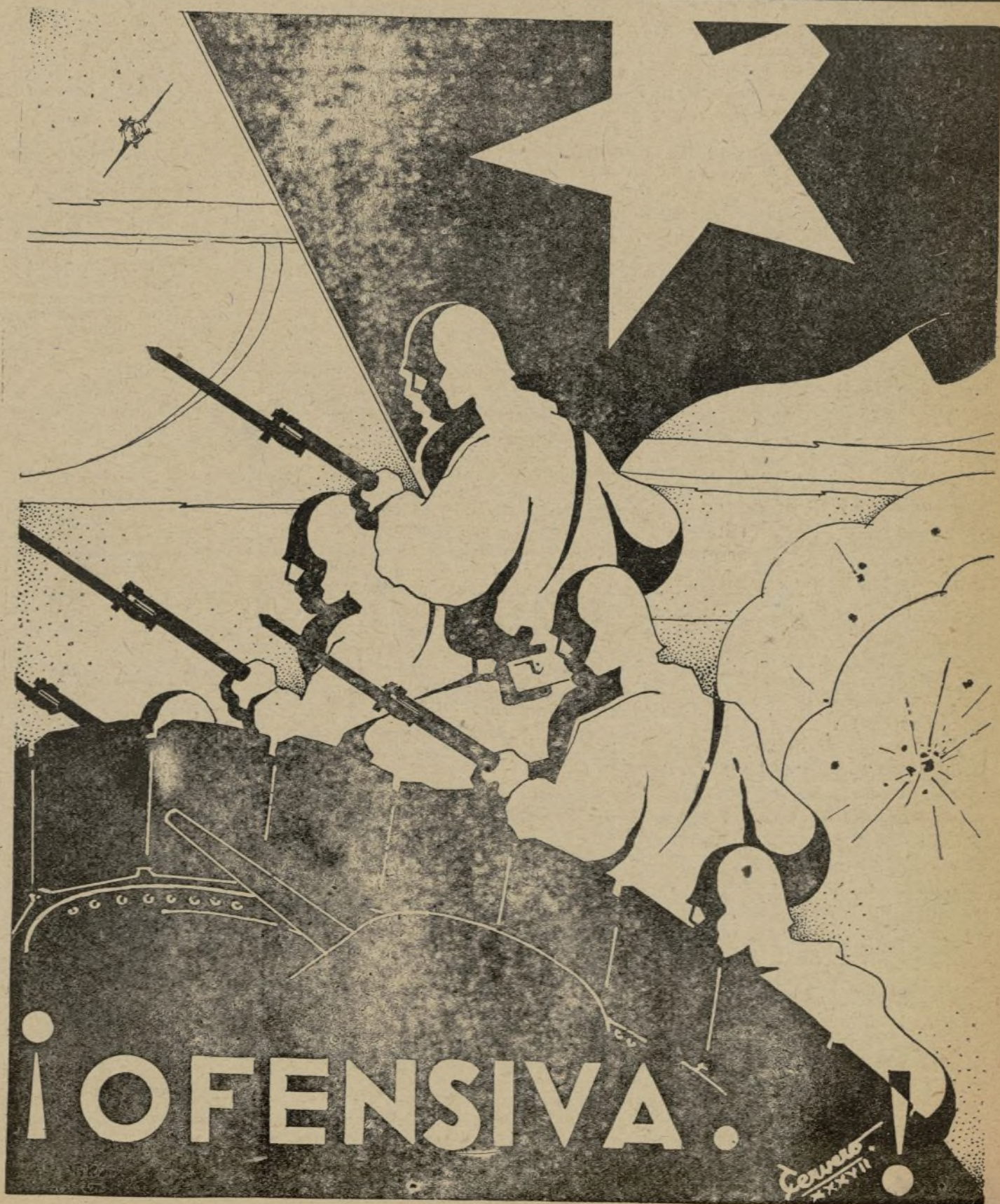
FERNANDO DE ROSA



Año I ||

Madrid, 26 de febrero de 1937

|| Núm. 6



¡Venid a nosotros, camaradas!

Anoche, en la línea, se habló por altavoz a los rebeldes, en español, italiano, alemán y árabe.

Cada palabra era un axioma lleno de responsabilidad, conviniendo todos los oradores en que luchamos por una causa colectiva, y, por tanto, nuestro sacrificio nos reportará un bien común, una satisfacción individual.

"Luchamos por nosotros mismos, por nuestras familias, por el bienestar de todos; vosotros lucháis por conservar los intereses de una clase caduca que ambiciona todos los privilegios para ella.

¡Desengañaos camaradas! Si amáis el Arte, la Cultura y, sobre todo la Paz, pasaos a nuestras filas, que la República os espera con emoción".

Hubo silencio sepulcral. Seguro estoy que muchos compañeros nuestros en filas facciosas, lloraron emocionados, no esperando más que ansiado instante de unirse a nosotros.

Sector Madrid, 18-2-37.

El ataque parcial es una defensiva que recupera el terreno; es la sensatez del mando único.

¿Qué hace la retaguardia?

VERDADERAMENTE no nos explicamos la norma que se sigue en la retaguardia, la cual, lejos de constituir una seguridad para cuantos luchamos en los frentes, representa una interrogante llena de enigmas.

En el supuesto —absurdo, pero dentro de la realidad— de que el empuje del enemigo fuera tan arrollador que forzasen las primeras líneas, aun teniendo en cuenta todo lo que pesa hoy el entusiasmo del Ejército del pueblo, los individuos de la retaguardia, ¿representarían una fortaleza para Madrid, verdaderamente inexpugnable? ¿Son estos, sin instrucción militar e ignorando casi por completo el manejo del fusil, garantía suficiente para contener y arrollar al ejército invasor?

Lo primero que se impone, como medida de prudencia, es la completa depuración de las organizaciones sindicales; es necesario analizar la conducta de todos y cada uno de los afiliados, y que se justifique ampliamente la misión que cumple en la retaguardia, para que ella sea beneficiosa a la causa que defendemos. Debe desaparecer en absoluto esa cuña parásita que vive entre telares la guerra y que está integrada por enfermos, defectuosos camuflados que se atrincheran tras una afección o defecto físico sin importancia para huir de los frentes; por los emboscados de esa columna interminable, que viven agazapados y protegidos por "carnets" de aquellas organizaciones que antes del movimiento combatieron enérgicamente; por los pusilánimes, timoratos, bulistas, inconscientes agoreros, etc., etc. no debemos consentir una retaguardia en estas condiciones y en la que sólo una minoría es capaz de dar su sangre combatiendo, así como tampoco que pululen subrepticamente por las calles madrileñas buscando alegre diversión mientras los compañeros de las líneas de fuego defienden la vida de todos ellos y su porvenir.

¿Cabe pues, tener una confianza ciega en esa masa amorfa cuyo lema es tan sólo «salvar la pelleja»?

¡Todo el mundo a las armas! La gravedad de los momentos actuales es innegable y nadie de la retaguardia puede estar contemplando pasivamente la guerra, porque ello no es de hombres viriles, de trabajadores conscientes de su misión y responsabilidad, ni de españoles que amen verdaderamente a su patria, ¿Es que piensan, con suicida confianza que no existe peligro, o que la «no intervención» va a terminar sinceramente con la guerra?

No hay otro remedio que entrenar a la retaguardia en todos los frentes. De este modo evitaremos el peligro, entre otros, del espionaje y la desmoralización, dándose también un merecido descanso a los que llevan mucho tiempo luchando.

¡Que no sigamos pensando que la retaguardia es la vanguardia del miedo y la vergüenza de los trabajadores honrados.

No hay derecho

No hay derecho a que en las circunstancias presentes haya quien, olvidando la responsabilidad de todo orden que asume, saque a la palestra si una prestigiosa personalidad, que desde 1910 está demostrando su cariño a la Patria, diga que los militares «deben serlo a secas».

¿Pero es que acaso no tiene razón la frase? Sin disputa alguna ¿es que olvidamos a estas alturas, por mucho que se pida, que es bastante para un mando que tantas y tantísimas veces, siendo Capitán del 59.º de línea hubo de hacerse cargo del mando del Regimiento en combates comprometidos porque el Coronel no era un militar «a secas»? ¿Es que, quizá, vamos a olvidar que hoy tenemos verdaderos técnicos en cuestiones de guerra, y que, para contrarrestar, es necesario que contemos con esos militares que también los conceptúa la repetida frase de «a secas»? Máxime si tenemos en cuenta que esta dicha por el hombre que sobre si tiene la responsabilidad de la defensa de Madrid, que es la de España. Pero no olvidemos que dentro de ese responsable va un corazón de acero puesto al servicio de la Causa, no siendo así los que olvidan que estos momentos no son para perderlos, ni que si la frase tal o cual debió ser dicha de tal o cual manera, según piensan los que no deben olvidar que uso debe hacerse de la política cuando toda ella está comprometida.

Ramón MORALES.

En el próximo número publicaremos un trabajo traducido por Heliodoro González, titulado:

«¿VIVEN LOS TRIPULANTES DEL "KON-SOMOL"?»

Ningún oficial del del Ejército olvidará su condición de demócrata. Sus hechos serán el guía de sus soldados.

El animal más fiel al hombre es un fusil bien limpio.

Cuando de un puesto de vigilancia se releve a un soldado, éste, en el sentido del verdadero cumplimiento del deber, depositará sus ojos sobre la tronera.

No hay equidad cuando al incorporarse a un batallón equis hombres, a todos se les trata por igual.

Se les dota de un fusil, corraje, mantas, etc. ¿Estiman los mandos que esa distribución es lógica? Me parece que no.

Hay individuos que, efectivamente, no precisan más que un fusil, pero existen otros más activos que necesitan dos fusiles; un tercero se conforma con una pistolita; algunos necesitan una cazadora (1) con anuncio del Batallón, para hacerle pro-

(1) Recomendable sólo para «tigres».

G R E C A S

paganda; también tenemos quien

MILICIANO

*Miliciano, miliciano
que defiendes la trinchera:
clava los pies en el suelo
y tu vista en la tronera.*

*No te arredren los estruendos
fragorosos del combate,
y resiste valeroso
del enemigo el embate.*

*Afina la puntería
con tranquila precisión,
buscando un blanco a tu tiro
en medio del corazón.*

"G A R A V E R"

prefiere una ametralladora,
o un cañón,

o una máquina de escribir,
o un corazón muy grande.

Después de la dotación, el destino:
—Vosotros, a la 1.^a Compañía;
vosotros, a la 2.^a, a la 3.^a, etc. Hay
quien desea, mejor que la trinchera,
estar en Madrid, Valencia, el Sindi-
cato o en su casa. Me parece que
deben estudiarse todos estos puntos.

La guerra es un vocablo mal pro-
nunciado. Deberíase llamar el «gue-
rro», atendiendo a su órgano sexual,
que es el cañón.

Los bastones cuando andan por
la trinchera, se hunden de barro has-
ta las rodillas.

La i ha de ejercer en el soldado
una gran influencia ya que él puede
compararse con ella y el punto de
la i con el fu-i del miliciano hasta el
extremo de conceptuar el fusil como
el satélite del soldado.

A SANTISS-DOZZA.

¡JUSTICIA INEXORABLE!

— ¡Estamos harto de oír esa mú-
sica tan mala!

— Ten en cuenta que aquí lo que
se trata es de entretenerse... aunque
yo sólo me distraigo con algunos
discos.

— Constituyamos un Tribunal en-
tre nosotros para que podamos de-
cidir entre las placas que hay que
romper, cuyo voto será «muerte»,
las que deben guardarse, que será
«cadena perpetua» y las que tenga-
mos que escuchar, que diremos «li-
bertad».

La plataforma del gramófono gi-
ra. El diafragma entra en agujas... y
allá va una música mustia, antigua,
evocadora de recuerdos monárqui-
cos. Después de producirnos unas
ligeras arcadas, brota una voz aguar-
dentosa a cuya dueña le llaman
todavía Raquel Meller. Propongo
para atenuar nuestra situación se le
aplique nuestra justicia sin que lle-
gue al final. Hay división de opinio-
nes. Un teniente exclama:

— ¡Debemos escuchar al acusado!

Este aserto me resigna al suplicio
de aguantar la «melodía».

Acaba el disco. ¡Por fin! ¡A votar!

— ¡Que muera!

Esta exclamación se repite doce
veces.

— No somos más que once, ¿có-
mo puede haber doce votos?

— Es que yo he votado dos ve-
ces—explica uno.

Por lo que a mí se refiere estoy
orgulloso de que se dé «muerte» a

Antagonismo

Oviedo.

Valencia.

He aquí dos capitales.

Oviedo, la gloriosa Ovie-
do, lucha por la liberación de
la España democrática con el
fuego del cañón y con el canto
del fusil. Los cartuchos de di-
namita que arrojan las ca-
llosas manos de los heroicos
mineros asturianos, es el
antagonismo de las manos
suaves y delicadas porque se
escurren las flores y los
confettis perfumados de las
lindas mujeres del Turia.

«Cuando empecé a quererte». Es la
satisfacción del deber cumplido. Pe-
ro al quinto disco habíamos cum-
plido con nuestra obligación cinco
veces. A este paso nos quedaremos
sin música. No obstante, yo seguía
en mi puesto. «La que juzgue mala,
voto su «muerte». Un «miembro»
del Tribunal, se condeula de nues-
tra labor destructora. Otro, la defien-
de y nuestro apoyo moral se lo ofre-
cemos. Aun así, el concepto de hu-
manidad se apodera de nosotros.
Empezamos a dejar discos en «liber-
tad» mucho peores que los que
«murieron» momentos antes. Al-
guien se subleva contra este con-
cepto romántico, aportando los ra-
zonamientos de que la Justicia debe
ser rígida, de acero, como la disci-
plina de nuestro Ejército. Quien ha-
ce mal, castigo tiene. El Juez debe
condenar, si lo merece, a su propia
madre; en su enemigo, no vengarse.
Ha de ser justo sin salir jamás de
los preceptos que le marque el Có-
digo vigente. Y, por último, agrega:

— ¿Qué decisión tomaríamos si,
convertidos en Tribunal Popular, la
obligación nos dictase muerte y la
conciencia perdón?

¡Justicia inexorable!

Antonio MOLINA.

GRUPOS ESCOLARES

"JOAQUIN DICENTA"

Joaquín Dicentanació en Calatayud—una jota rasga el recuerdo de la Dolores—en el año 1.863. De muy temprana edad vino a Madrid, en donde se destacó en periódicos de avanzada ideología al fustigar duramente cuantas injusticias sociales tenían una repercusión en su conciencia.

Cultivó el periodismo, la novela y la poesía; pero en donde su fama adquirió caracteres verdaderamente preponderantes fué en el teatro. El apoteósico éxito de «Juan José», estrenada en 1.895, puso al Dicenta dramaturgo sobre el Dicenta novelista. Sus obras fueron muy combatidas por su sentido socialista y ampliamente anticlerical.

Después del «Juan José» el mayor éxito lo obtuvo con «El Señor Feudal»; a este sucedieron otros muchos como «El suicidio de Werther», «Sobrevivirse», «El crimen de ayer», «Luciano», «Amor de artistas», «La mejor ley», «Aurora», «Daniel», «El místico» (traducción de la obra de Santiago Rusñol), «Curro Vargas» (zarzuela con música de Chapí).

Con la novela llegó a sobrepasar los méritos artísticos de su arte de dramaturgo. «Los bárbaros», novela en España poco conocida, fué traducida al ruso por Gorki. Entre otras merecen destacarse «Encarnación», «Gañanía», «El hijo del odio», «Los de abajo». Publicó, además, numerosos artículos que recogió en varios volúmenes con distintos títulos.

Su estilo, duro como un es-
tilete, le dió un carácter tan personal que le hizo inconfundible por todos conceptos.

Murió en Alicante el 21 de

febrero de 1917, hablando de que no renegaba de cuanto había escrito y que no creía en otra vida ultraterrena por acabar todo en esta. Formidable alegato de un ideal inquebrantable, aún en esas horas postreras de la vida en que dicen que se ve más claro.

Sol en nuestras trincheras

El sol penetra en nuestras trincheras. Ya no es el hielo del invierno crudo, ni la lluvia que encharca nuestras fortificaciones, sino el sol, sol radiante, como una promesa de la Primavera ya próxima. El sol comienza a templar los músculos de nuestros soldados, se abren ante él miles de pechos deseosos de recibir la vigorosa caricia de sus rayos.

Hace calor estos almediodías de febrero en las trincheras. Van abandonándose las prendas de abrigo; la guerra toma un nuevo carácter que la hace, sin embargo, semejante a como fué en sus comienzos, cuando nuestro pueblo empezó a sacudirse la garra del fascismo que le quería hacer su presa. Sin querer, evocamos bajo este sol precoz de febrero aquellos días de julio, de agosto... Primeros heroísmos de nuestros milicianos recién surgidos, soldados improvisados por el ansia de la libertad en peligro. El sol vuelve a enfrentarse con estos héroes, con los que han podido esperarle. Otros aguardan la caricia del sol bajo la tierra madre...

Este sol, prometededor de una estación nueva, nos recuerda el tiempo que llevamos luchando, nos advierte la duración de nuestra guerra y el cúmulo de esfuerzos sacrificados a ella. Trae a nuestra mente la estampa de momentos pasados, de hechos ocurridos. Todo el film trágico de la guerra desfila ante nuestra vista a la luz de este sol radiante, casi olvidado en los días grises del invierno.

Hace mucho tiempo que comenzó nuestra lucha. No creímos que fuera a durar tanto. Ante el sol que baña nuestro cuerpo en las trincheras, te-

nemos que hacer examen de conciencia. Que los que estén fuera de ellas lo hagan también. Que todos los enrolados en nuestra causa hagan examen de conciencia bajo el sol que nos pide cuentas del tiempo pasado. Que cada cual vea lo que ha hecho en él. No basta haber empuñado un fusil; ¿fué siempre útil tu fusil, soldado? No basta escudarse en una misión que te confió cualquier organismo; ¿fué útil esa misión camarada de la retaguardia? ¿Habéis hecho todos, hemos hecho todos todo lo posible por ganar la guerra?

Nadie esperaba esta guerra, no estábamos preparados para ella. Solo íbamos en su final, desde el primer día, el triunfo de nuestras ideas redentoras pues nos planteaban la revolución los mismos que quisieron estrangularla. Pero hay que llegar al final, camarada. La sangre ha corrido ya caudalosa por llegar a ese final, seguirá corriendo. Vamos a acortar la distancia, vamos a hacer lo posible porque el fin esté más próximo. Con tu fusil, soldado; con tu herramienta, obrero; con tu misión que también es necesaria, ya lo sé, camarada. Vamos todos a redoblar nuestro esfuerzo.

Ve con tu fusil donde te digan, soldado; no des tregua a tu herramienta, obrero; aligera tu misión, camarada de la retaguardia. Formemos como una trinidad de la guerra. Todo para la guerra soldado, obrero, camarada. Dejad las otras cosas; ahora, la guerra, ¡la guerra! ¿Pensó alguien que se ganara sola?

Que no penetre solo en nuestras trincheras este sol radiante, sino también en nuestros corazones, en nuestro espíritu de combatientes, dándonos nuevos ánimos para la lucha. Una nueva estación va a comenzar pronto. A poco que nos descuidemos, el calendario de nuestra guerra comenzará a repetir fechas. Ganemos el tiempo perdido, si algo se perdió. ¡Adelante, camaradas todos! Que el nuevo sol de los días venideros nos sorprenda en otras trincheras más lejanas, mucho más lejanas, desde donde hoy asesina el enemigo a nuestros hermanos...

T. CHARLÁN

**VISADO POR
LA CENSURA**